



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 11 DE MAYO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

El rinoceronte enjaulado

CAMINO HACIA LAS ESTRELLAS

OLGA DE LEÓN G.

Estamos inmersos en un mundo confuso, un mundo engañoso, que nos muestra la vida como si se tratara de un platillo que hay que degustar dentro del campo de la felicidad, dando muestras de qué tanto sabemos ser felices. Y, yo sigo sin entender, ¿por qué mi felicidad tiene que ser visible para los demás? Soy feliz a mi manera. No tengo que soltar carcajadas o hablar solo en rosa y amarillo y sonreír abiertamente para que los demás vean que sí soy feliz: ¡me parece un modus vivendi tan vano y superfluo!

Este, hoy es un mundo de jóvenes, aunque los adultos mayores ya son tantos que bien pueden equipararse en cantidad con ellos, los jóvenes. La niñez y la adolescencia son solo un par de corchetes que no podemos evadir, y que deben servirnos de antesala a la vida en plenitud, la vida de la juventud eterna: eso es lo que cree la mayoría, esa comunidad un tanto amorfa y últimamente extraña, porque en ella se han integrado no solo los adultos más jóvenes, sino también los viejos que estamos en la etapa de la negación y la negociación para permanecer eternamente jóvenes, luchando con todo lo que se tiene al alcance para disimular el paso del tiempo por nuestro cuerpo y rostro, y parecer diez, quince o veinte años menores a la edad real y verdadera que tenemos. Y me incluyo, más en acto de empatía moral que real, porque -verdaderamente- yo no me engaño: sé quién soy y la edad que tengo y la que represento: casi la misma: uno o dos años más o menos: según los ojos y el cariño de quien me ve... y lo bien dormida de días anteriores o, ¡lo muy desvelada, de toda la vida!

Ayer, tuve un sueño de esos de ojos abiertos y mente despabilada: sueño o recreación de una fantasía. Hoy trataré de ponerlo en esta página, que antes estuviera totalmente en blanco, con la firme determinación de que la mancha en negro supere la belleza del blanco inmaculado, antes de estar recubriendo la página. ¡Ojalá, lo logre! ¡Ay!, esta eterna aspiración del que escribe, ¡cómo duele el parto... y la terquedad por salir adelante! Va, pues, mi cuento, ensoñación o fantasía:

En un lejano lugar, oculta por un frondoso bosque y en medio de la nada, había una gran casa, que más parecía un castillo, de no ser por la falta de torres y cúpulas. Era una casa mágica, pues no era vista por cualquiera y siempre lucía como si fuera de día a cualquier hora.

En cierta ocasión, habiéndome enterado de su existencia, quise ir a conocerla, a pesar de saber que no era sencillo el acceso hasta ella, pues estaba restringido por ciertas reglas que hacían cumplir el guardián y el vigilante que siempre estaban al frente, y ellos se reservaban el derecho a dejar entrar o no.

Llegué como en un sueño; y, antes de que en mi mundo amaneciera, ya estaba frente a la hermosa y gran puerta de caoba que vigilaban los dos encargados de abrirla. Me presenté, después de saludarlos, y bien no había terminado de decir quién era yo, cuando el guardián me señaló: "Pase usted".

Agradecí en silencio, con una incli-



nación de cabeza y entré. Desde ese momento, todo fue diferente, una sorpresa a cada paso. En ese lugar, vi muchas pequeñas casas, cada una con una palabra en lo alto de sus puertas. Por ejemplo, una decía: "Jóvenes menores de cincuenta"; otra, pintada de amarillo, decía: "la felicidad no es una receta, es una vivencia individual"; una más, tenía al frente solo una palabra: "Sabiduría", requisito para entrar: más de setenta años (cumplía con el requisito). Y la última que vi, tenía toda una frase: "Aquí, no hay solo felicidad; pero hay vida, ¿quieres entrar?": espera a cumplir ochenta años". ¿Cuál piensas que elegí visitar primero? No, no me lo digan, solo piensen.

De pronto, desperté, no sé si de mi letargo o de la engañosa realidad del mundo al que estaba inconscientemente tan habituada, y vi a mi alrededor: todo era tan hermoso: niños sin ver televisión, jugando en los parques; púber y adolescentes sin móviles ni tabletas, resolviendo acertijos y problemas de matemáticas; jóvenes hijos platicando con sus padres; adultos recientes invitando a sus madres a tomar un té con una tajada de pastel. Todo era realmente insólito: ¿Habrían ido también a visitar el castillo, escondido entre el bosque mágico en medio de la Nada?

Seguramente. O, acaso yo aún no he salido. Y, sí, no se equivocan, la primera casa dentro del castillo que elegí visitar fue la última, la de la frase larga: "Aquí, no hay solo felicidad; pero hay vida, ¿quieres entrar?". Así que espero a cumplir ochenta años, para poder entrar... Mientras, sigo en el camino, mirando hacia las estrellas: el mundo futuro.

LA ESPERA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Secretamente, comencé a coleccionar

banners publicitarios. No cualquiera. Mi propia publicidad para internet, de eventos en los que participaba. Podía tratarse de un performance de mi grupo Hostal Mercedes Av., o una conferencia académica sobre Historia Económica, o un concierto de música clásica contemporánea donde se tocaría una pieza mía. Con el banner en la computadora, lo enviaba por correo electrónico a una de esas papelerías enormes cerca del trabajo: Office "algo". Ahí me lo imprimían en tamaño póster. Cuando llegaba al departamento que rentaba, lo colgaba en la pared. Así llené mi egoteca: la pared más grande frente a mi cama. Cuando arribaba, de regreso del trabajo, con la luz del final de la tarde, me encerraba en la recámara para ensayar con el saxo. Ahí mismo me atrapaba la oscuridad de la noche.

Mi recámara contaba con un pequeño balcón desde donde podía verse un altar en la acera de enfrente. Era parte de una casa particular y contenía una imagen escultórica de la Virgen María. Nunca pensé que algún día lo utilizaría para orar, pero así sería.

Cuando llegué por primera vez a aquel departamento, que más bien era una casa que rentábamos entre tres colegas del trabajo, lo primero que busqué fueron bares dónde ir a tomar una cerveza al salir de mis labores, cuando así lo deseara. Encontré dos lugares en el camino a la casa rentada y ninguno de los dos era muy elegante. Más bien, eran sitios acondicionados para el pueblo donde vivíamos.

La casa la rentábamos para dormir de lunes a jueves y estar cerca del trabajo, para no gastar demasiado tiempo en los traslados. El viernes regresaba a mi departamento en la del Valle y allí pasaba el fin de semana. A veces, el mismo viernes visitaba el centro de la ciudad,

ligaba en algún lugar propicio para ello y la tarde o noche podía convertirse en un viernes de sexo casual.

Los sábados lo dedicaba al taller con el Cuauh, en el departamento: Tocábamos jazz, tallereábamos textos literarios y compartíamos cualquier otra actividad relacionada con el arte que hubiéramos realizado esa semana: una serie de fotografías, algún guion para cortometraje o una lectura sobre la historia de la música contemporánea o de algún autor literario reconocido.

Los domingos me visitaba Rubencito. Escuchábamos música del i-pod conectado a una bocina Bosé, él cocinaba, hacíamos planes para la siguiente presentación de Hostal Mercedes Av. y nos emborrachábamos hasta las nueve de la noche. El lunes por la mañana había que regresar al trabajo en Santa Fe.

El lunes se repetía el ritual: volvía a dormir en la casa que rentaba con los colegas del trabajo, hasta el jueves por la noche. El viernes era día de soltería, sábado con Cuauh y domingo con Rubencito. Vuelta al trabajo en Santa Fe durante la semana.

El primer año en aquel trabajo fue fantástico. Tenía un equipo de trabajo muy eficiente, un jefe que respetaba mis funciones y yo contaba con los ánimos para desarrollar e implementar ideas sobre competencia en los mercados. Cada mañana llegaba temprano a mi oficina, me encerraba a realizar cinco minutos de escritura libre en una libreta que guardaba en un archivero y al terminar comenzaba el trabajo, puntual, a las nueve de la mañana.

La oficina estaba compuesta por un zoológico de creaturas con muchas limitaciones: profesionales y personales. Pero mi pequeño equipo de trabajo no tenía falla. Entonces llegó un nuevo miembro: un tipo egocéntrico que había estudiado su doctorado en economía en una universidad de primer orden, norteamericana. No se había graduado. Yo di mi voto a favor de él, entre los posibles candidatos a la plaza, para que fuera contratado. Resultó ser un imbécil en términos tanto profesionales como en desarrollo personal. Era un adolescente de treinta y cinco años, que hacía berrinches ridículos para ser en realidad un adulto. Se levantaba de su silla y abandonaba reuniones cuando su punto de vista no era aceptado a la primera. No sé en qué etapa del desarrollo infantil se habrá quedado trabado, pero seguramente el ano no le funcionaba bien. Tiraba sus desperdicios por donde caminaba.

Finalmente renunció y dejó descorazonados a sus admiradores: la parte de la oficina perteneciente, más propiamente, a un zoológico, como a aquel tipo de treinta cuyo mayor sueño era ser mago. (Atorado en aquellas viejas películas infantiles que influyeron su desarrollo personal, a falta de progenitores que encauzaran su vida). Ese fue el comienzo de un declive mortal en la utilidad pública de la Dirección General a la que pertenecía. El jefe perdió el control y comenzó a acosar a sus empleados.

Fue cuando tuve que visitar el altar frente a la casa que rentaba cerca del trabajo.



Douglas Adams

Douglas Adams (nacido el 11 de marzo de 1952 en Cambridge, Inglaterra - fallecido el 11 de mayo de 2001 en Santa Bárbara, California, Estados Unidos) fue un escritor de cómics británico cuyas obras satirizan la vida contemporánea a través de un protagonista desafortunado que lidia ineptamente con las fuerzas sociales más allá de su control. Adams es mejor conocido por la serie de ciencia ficción conocida colectivamente como The Hitchhiker's Guide to the Galaxy.

Adams recibió una maestría (1974) en literatura inglesa de la Universidad de Cambridge, donde escribió sketches de comedia para la sociedad de artes escénicas. Fue escritor y editor de guiones para la serie de televisión Doctor Who y escribió guiones para la British Broadcasting Corporation de 1978 a 1980.

La serie Guía del autoestopista es una parodia épica que satiriza a la sociedad moderna con un humor mordaz y pesimismo. El trabajo alcanzó una gran popularidad, primero como una serie de 12 partes en la radio en 1978-80 y luego en una serie de 5 libros que vendió más de 14 millones de copias a nivel internacional. Los libros de la serie son La guía del autoestopista galáctico (1979), El restaurante al final del universo (1980), La vida, el universo y todo (1982), Hasta siempre y gracias por todos los peces (1985) y Mayormente inofensivo (1992). La Guía del autoestopista fue adaptada para la televisión, el teatro y el cine y se utilizó como base de un programa informático interactivo.

Adams satirizó el género de las historias de detectives con Dirk Gently's Holistic Detective Agency (1987) y The Long Dark Tea-Time of the Soul (1988). Otras obras incluyen The Meaning of Liff (con John Lloyd; 1983), The Utterly Utterly Merry Comic Relief Christmas Book (coeditor, con Peter Fincham; 1986), y Last Chance to See... (con Mark Carwardine; 1990), una serie de radio también publicada en 1990 como un libro de no ficción.

Elmer Mendoza

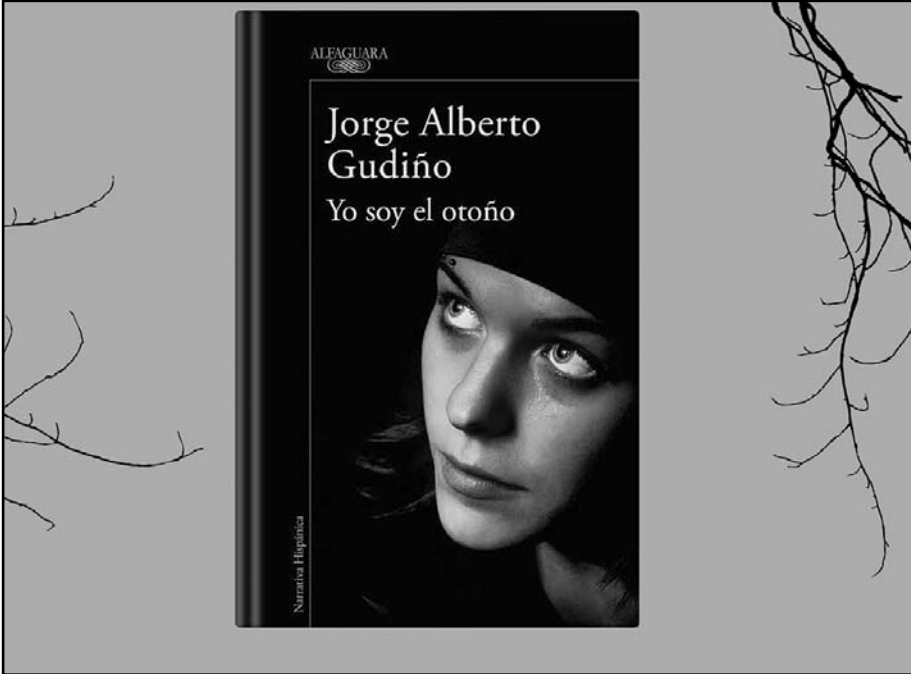
Yo soy el otoño, de Jorge Alberto Gudiño

¿Deseaba usted leer una novela de esas que mantienen al máximo la emoción? Pues aquí la tiene. "La vida no es sino una sucesión interminable de decisiones imposibles", expresa Jorge Alberto Gudiño en su novela más reciente, Yo soy el otoño, publicada por Alfaguara del grupo Penguin Random House, en México en febrero de 2025. ¿Y saben por qué lo dice? Porque sus personajes viven al límite. Elvira, Santos, doña Bertha, Tito, el Señor, Galindo, Kosaya, y sobre todo Macarena y Juriel, cuyos límites son más frágiles y sumamente peligrosos. Esa gente juega a vivir, y hacerlo implica justamente tomar decisiones imposibles. Ya lo percibirán.

La historia transcurre en un lugar conocido como la Barranca, aunque tiene nombre de santa. Las personas que habitan el lugar, un pequeño barrio de viviendas apeñuscadas, son muy pobres y los jóvenes se dedican al narcomenudeo o al sicariato. No abrigan esperanzas de mejorar porque constantemente alguien muere. Desde el principio de Yo soy el otoño queda claro el escabroso universo en que se desarrolla esta novela. Santos y Juriel escapan por los pelos de un ataque en el que matan a sus compañeros Tito, el

Racemo y Eusebio. Tito y Santos son hermanos. Doña Bertha, la madre de ellos, le pide a Santos que se vengue. Eso implica a Juriel, a quien conoceremos de cerca, porque él tiene sus propios motivos para seguir en el lugar, a pesar de que no es el sitio donde le gustaría estar siempre. Dicen que la venganza es un plato que se come frío, pero aquí está realmente congelado. Juriel está enamorado de Macarena, pero ella es la chica de Tito, ¿saben qué hace la chica cuando matan a Tito? Una joven que le gusta bailar pero que el color de su alma no es blanco.

Santos necesita tratar con el Señor para llevar a cabo su venganza, "no existe peor virulencia que la generada por la ilusión", y Juriel ha aplazado un encuentro con el jefe máximo, que sospecha tuvo que ver con la muerte de su padre, de quien tiene magníficos recuerdos, un hombre abandonado por su esposa, que deseaba que su hijo fuera a la escuela y estudiara una profesión, pero lo mataron. Y Juriel conoció a Macarena en la escuela. Dicen que recordar es vivir, pero revivir algunos recuerdos puede traer revelaciones y definiciones inesperadas. "No todos los pasados son memo-



ria", señala el autor, y tiene razón. Juriel vive solo, pero su calle no es territorio seguro, de manera que cada movimiento que realiza es en alerta máxima.

¿Cómo consigue Jorge Alberto Gudiño mantenernos en vilo? Como escribió Sábines, "Yo no sé de cierto, pero supongo..." que cuidó al extremo cada palabra, cada frase, cada capítulo. Porque se siente una unidad muy potente y un ritmo sostenido que mantiene la emoción creciendo hasta crear una sensación que nos atrapa por completo, también es querer saber que ocurre en la siguiente página, pretender sentir el des-

garramiento de unos personajes a quienes no les importa que llegue el nuevo día. O la nueva noche. Es una novela completamente emocional, desde la primera frase, "Los mataron a todos", hasta la última atmósfera donde usted se convierte en testigo de un punto final que es una nota muy larga, de una canción que habla de una pareja que sufre porque no lo merece, una pareja que no sabe que "cuando se abandonan las esperanzas, se puede comenzar a ser feliz". Un colofón para que usted reflexione en dónde colocar su ciudad, o el barrio donde vive. ¡Felicidades a las madres lectoras!

ad pédem literae

Hay dos clases de hombres: quienes hacen la historia y quienes la padecen

Camilo José Cela

Letras de
buen humor

No es lo mismo estar dormido que estar durmiendo, porque no es lo mismo estar jodido que estar jodiendo.

Camilo José Cela